JOSÉ ALEJANDRO SÁEZ FRANCO

CÓMO UNA PATATA FRITA CAMBIÓ LA VIDA TAL Y COMO LA CONOCEMOS



MAYO 2012
REVISIÓN TEXTO ACTUAL MAYO DE 2025

BLACK EDICIONES
PLAZA MAYOR, 11. 18800 BAZA (GRANADA)
papeleriablack@gmail.com
www.papeleriablack.es

TEXTO E ILUSTRACIÓN
JOSÉ ALEJANDRO SÁEZ FRANCO

Reservados todos los derechos. Mal dolor te dé si haces mal uso de este texto.

Voy a contarte en estas páginas la verdadera historia de cómo una patata frita salvó la vida tal y como la conocemos.

Hace ya bastante, casi ni la memoria lo recuerda y los recuerdos lo habían olvidado, la más bella ninfa del agua salió de ella y del bosque por donde discurría un río, para que su mente la llevara con malicia intencionada a subirse a un puente. El puente estaba allí antes que ella y antes que su madre y su abuela también, dicen que el puente estaba allí desde tiempos inmemoriales y que su piedra labrada había visto pasar por él tanta agua como contienen los océanos, más todavía, que toda el agua de los océanos ya había pasado por lo menos dos veces por su ojo.

La bella ninfa tocó con su suave mano la pulida piedra del puente y todo él se estremeció de placer, sí, era viejo, era casi el ancestro de todo, pero uno no se acostumbra, cuando lo está solo a que lo pisen, a recibir una caricia, como el perro apaleado, desconfías hasta de la belleza. Notó la tristeza que la mano transmitía y la mano la fría soledad del

temor. No lo hagas, tú no sabes volar, le intentó decir a la ninfa, pero la ninfa no le escuchó y entonces el puente vio cómo era ver dad que la ninfa no sabía siquiera planear; y con todo el peso de su cuerpo acabó golpean do el duro destino.

No quedó ni un pájaro en todo el bosque que no saliera volando al escuchar el golpe, ni un corazón que no se estremeciera por el dolor que desprendió.

Pero el puente no solo era un puente, era un hogar. Bajo él y dentro al tiempo, vivía un trol de nombre impronunciable y de apodo Cabeza Buque, por las desproporcionadas dimensiones de su cráneo, no porque su cabeza fuera un buque de verdad, he de aclarar. Esto hay que aclararlo antes de continuar, para no llevar al lector a equívocos y confusiones que, si bien pueden resultar hilarantes, no se corresponden con la verdadera historia que aquí les narro.

Sesteando, Cabeza Buque, apoyado en la fresca, no, fresquísima pared del ojo del

puente vio, como por el rabillo del ojo y no por otro que el del ojo, una sombra pasar rayana en la velocidad del tocino. Abrió los ojos con sorpresa y vio cómo una ninfa de las aguas, la más bella que se hubiera visto en su vida, se estampaba contra el suelo, si es que al lecho del río, con su cauce de agua, se le puede llamar suelo. Si no, diremos agua.

Estalló esta en mil titilantes gotas, al agua y no a la ninfa me refiero, y quedó flotando, la ninfa, que no el agua, inconsciente, si no muerta, mientras los cabellos se curvaban al son de la corriente con un contoneo fá cil de imaginar y difícil de describir.

A pesar de su pútrido corazón y su ominoso desprecio para los demás, Cabeza Buque corrió a socorrerla, pues algo en el interior le motivó: podría ser un buen bocado, un aperitivo para las doce. Cogió a la ninfa más bella que hubiera existido y le dio la vuelta, tenía los ojos cerrados y la boca abierta en una última exhalación, ¿la ninfa del agua había muerto en el agua? No, ¿qué pregunta es esa?, todo el mundo sabe que una ninfa del

agua no puede morir en el agua, así que ese no fue el motivo. Parece mentira que no lo sepan.

El estómago se le movió a la derecha un poco, sí. Parece que tengo hueco para un aperitivo, pensó la barriga del trol, aunque el cerebro le aconsejara que no. Se acababa de comer un jabalí para el almuerzo de antes del almuerzo y de después del segundo desayuno que va antes de la cena, por supuesto de la merienda y de la comida, que se puede sustituir por almuerzo, pero que él no lo hacía.

La tocó con un dedo para ver si estaba muerta, no le gustaba comerse a los bichos medio vivos, pues luego se retorcían en el gaznate y eran más difíciles de tragar, por la propia resistencia que ejercían ante el hecho de ser comidos, que puede ser del gusto del comedor, y no del comido. Pero… algo le dijo que no. No te la comas.

Ya de muy mayor se enteraría de que fue un viejo gnomo que pasaba por allí, y que él

no llegó a ver, pero él pensó que había sido su conciencia.

Acercó su apestosa oreja al pecho de la ninfa. Sí, he dicho apestosa; imaginen lo asqueroso que debe ser alguien para que le huela la oreja, pues eso le pasaba a Cabeza Buque, pero esa es otra historia que podría contarse más adelante.

Con el oído en el pecho, escuchó el no sonido del corazón. Zarandeó a la ninfa con suavidad y escuchó el sonido de mil cristales rotos dentro de su cuerpo. Cosa tan rara, pen só. Volvió a zarandearla y escuchó el mismo sonido. Se fijó en su preciosa cara y su pequeño y pútrido corazón le dio un vuelco. La ninfa intentaba respirar otra vez, pero su corazón ya no bombeaba, se había roto en mil pedazos, no por el golpe, ya estaba roto cuando había subido al viejo puente, por eso subió y después intentó volar contra el suelo.

La belleza de la ninfa y el tesón de su cuerpo por vivir a pesar de que su ánimo se había perdido conmovieron al trol Cabeza Buque. Pero él no sabía nada, de nada, de

nada y de nada sobre medicina moderna y ci rugía avanzada. ¿Qué podía hacer él? Te lo pregunto a ti que me lees. ¿Qué podía hacer? Pues eso precisamente es lo que vengo a con tar de seguido.

Atolondrado por las circunstancias, el desasosiego empezó a acomodarse en su co-razón, que poco a poco se hacía más grande ante la ninfa. Su belleza era tal que las flores a veces sintieron envidia y a veces adora-ción, lo que sí es cierto es que las nubes le aplaudían cada vez que pasaban cerca y el solecete salía a la hora que ella despertaba, ni un minuto antes ni uno después, a la misma.

El trol miró alrededor asustado, ¿qué po-día hacer? Intentó insuflarle un poco de vida moviéndola y zarandeándola, llamándola a voces para que le oyera un poco mejor, dán-dole ánimos.

Pero su corazón había muerto, era su co-razón, estaba seguro.

Salió de la sombra del puente exponiéndose a morir al contacto con la luz, se cobijó en una alameda y gritó pidiendo ayuda, pero nadie respondió. No podía dejar que la ninfa muriera, el mundo no merecía más sufrimiento, si se va lo bello que tiene, ¿qué nos queda?, solo trols feos y malos como yo, pensó: hay que salvar a la ninfa más bella. Corrió por el bosque, saltaba por encima de los árboles mientras el sol laceraba su gruesa y peluda piel. Le abrasaban los ojos y el dolor se instalaba en su corazón; era una sensación tan nueva que no sabía si iba a morir de aquello. Necesito un corazón nuevo, se repetía, uno nuevo y vivo.

Vio un ciervo y corrió tras él, pero, viendo aquel las intenciones del trol, se escabulló entre la maleza para conservar su corazón. Vio también un tejón, pero el tamaño de su corazón era ridículo, la ninfa no podría vivir con él. Menos mal, dijo el tejón.

No encontraba nada, nada que fuera un corazón, así que volvió corriendo hacia el puente. La piel se le estaba abriendo en que-

maduras que nadie hubiera resistido, si no es movido por la belleza de la ninfa más bella. De vuelta al puente, desesperado y llorando ya la muerte de la ninfa, tropezó con una raíz y cayó de bruces al suelo, se volvió loco de dolor y frustración, arrancó la raíz que tenía al final un tubérculo: una patata.

Tú, dijo en voz alta, tú vas a ser su corazón.

Regresó al puente y bajo él yacía ya sin aliento la ninfa. No hay tiempo para nada, pensó su cerebro enquistado. Con premura, le dijo el puente al ulular el viento. Podía haber dicho aprisa, pero era un puente muy antiguo y muy sabio, por eso utilizó premura en lugar de aprisa. El trol cogió a la ninfa y la tumbó sobre la hierba fresca y con una uña, pues no tenía bisturí ni escalpelo, abrió el pe cho de la ninfa que ya ni sangraba.

Qué tontería, las ninfas no tienen sangre.

Miró dentro de la ninfa y vio su corazón roto en mil pedazos, la volvió boca abajo y los miles de trozos de corazón cayeron al suelo inertes. Volvió a ponerla sobre la hierba y le puso la patata en lugar del corazón dentro del pecho, cerró la herida con hilo de caña, le aplicó equinácea, llantén y consuelda, y la dejó reposar. A ver qué pasaba. La ninfa abrió una vez los ojos, y los cerró.

Durante los siguientes meses, el trol Cabeza Buque la meció, la abrazó para que no tuviera frío. La metió en el agua para que no tuviera calor, la puso al sol para que no estuviera tan pálida y bajo la sombra para que no se quemara. Le dio de comer sopa vegetal con lombrices y judías trituradas y zumo de arándanos, y un día escuchó un pum que venía de las paredes del puente.

Pum pum, pum pum… el puente hacía pum. Siguió el sonido hasta las paredes del puente, pum pum. Pero no era el puente, el sonido rebotaba en la pared, no venía de él. Siguió el sonido que le llevó hasta el pecho de la ninfa. Pum pum, pum pum. Pegó el oí-

do —se lo había lavado— al pecho de la nin fa: pum pum, pum pum. El pecho emitía el sonido que rebotaba en la pared del puente y llegaba a su oído.

Quizá no te creas esta parte de la historia, pero es tan cierto como todo lo escrito hasta ahora.

Había funcionado, la patata se había convertido en el corazón de la ninfa.

El trol Cabeza Buque no pudo contener la alegría. Las lágrimas le rodaban por las mejillas —se las había lavado, bueno, en rea lidad se había lavado todo el cuerpo, varias veces, se había cortado el pelo y se había hecho una camisa y una pajarita con corteza de eucalipto, un poco rudo, pero favorecedor—, la risa le brotaba incontenible y daba saltos de alegría chocando contra las paredes del viejo puente. Tan contento estaba que vio pasar un jabalí cerca, lo cogió y bailó un vals con él, después lo soltó y el jabalí se quedó perplejo; cuando lo cuente en el bar no me va a creer nadie, pensó para sí el jabalí. Durante cuatro días y cinco noches el trol festejó el

éxito de la operación, bebió licor de chumbo con lagartijas y salamandras y ron con Coca-Cola, que había encontrado un día flotando río abajo en una nevera portátil azul y blanca. Sin cubitos no era lo mismo, pero lo mismo daba, la ninfa más bella vivía, y eso merecía ser celebrado.

Por fin, más de un año después, la ninfa despertó, tan bella no, más aún de lo que lo era cuando intentó volar hacia el suelo. Y le preguntó por qué la había salvado.

El trol no tenía costumbre de hablar con ninfas y menos con ninfas tan guapas como aquella, que era de entre las más guapas, la que más, así que quedó callado sin atreverse a respirar.

Pero durante todos los días de todo el año, la ninfa había escuchado cómo Cabeza Buque le había hablado y hablado haciéndole compañía y prestando cuidados. Mientras cocinaba le contaba qué iba haciendo. Miraba atento por el bosque para contarle después las novedades y cotilleos más suculentos mientras se partía de risa.

¡¡¡Jajajajajaja!!!, el otro día se pegó un trapajazo el búho real Docamiano al intentar cazar un ratón, jajajaja, ¡no vale un duro!, y encima después no podía levantarse de entre la hojarasca, jajajajaja… si lo hubieras visto.

¿Sabes que el gnomo Luisarbert y su mu jer se han peleado? Vaya tela. Dicen por ahí que el otro día llegó borracho y que tenía pintalabios de una enana en el cuello de la camisa. Vaya tela.

El zorro Damián, pues no va y me dice: déjame pasar el invierno en tu casa, ¿a ti qué más te da?, y yo le dije: pero es que ya tengo una invitada. Y no se lo creía el tío, se partía de la risa, y yo, que sí, y él venga reír. Así que le dije: mira, vete a freír espárragos. Y eso hizo. Por mil demonios que lo hizo, después me trajo algunos que estaban muy buenos, pero buenos te digo, buenos de verdad.

Al trol Cabeza Buque se le dibujó una sonrisa en su fea cara y a la ninfa otra en su bello rostro, ya sabía por qué la había salvado.

Muchos años después, después de que fueran felices hasta lo inimaginable, ya de mayor, de tantísimos años que tenía, la ninfa volvió al agua y fue enterrada al lado del puente para que el trol la tuviera siempre cer ca. Pero fue peor, la cercanía aumentó el dolor de la pérdida, un dolor que no se mitiga con nada y que nada puede mitigarlo. Así que un día, cuando más sol hacía, el trol salió a la luz y se quedó de pie junto a la tumba de su amada y allí empezó a quemarse hasta que se convirtió en piedra para custodiar eternamente a la ninfa más bella.

Pasaron mil años, quizá un poco menos, ya que tengo cierta tendencia a exagerarlo todo y el puente no lo cuenta bien, siempre se inventa algo o lo omite, y el trol se había esparcido por las cercanías dentro del agua, de la piedra, de las plantas, del aire. La ninfa ahora era agua y tierra y sobre todo sol.

Un joven elfo había labrado junto al puente y había plantado de todo, desde pimientos y rosas a judías mágicas y un día, ca

vando, encontró una patata con forma de corazón. Qué gracia, se la voy a regalar a mi hermana pequeña, seguro que le encanta. Cogió la patata y la metió en su bolsa del almuerzo y cruzó el bosque en dirección a la pequeña aldea de Tagartera donde vivía junto a su madre, su padre, su abuela paterna y sus abuelos, ella y él, maternos, tres hermanos y dos hermanas. Y tres hermanos más, dos primos hermanos, una prima segunda y un enano, que hacía las veces de educador y cocinero. Había también un tejón y varias cabras, aparte de una hermana más y un primo lejano y medio tonto que se dedicaba al cante, al cante espantoso.

Hola, señora grulla, saludó el joven elfo, cuando se cruzó, ¿con quién? Con la señora grulla. ¿Cómo va la mañana?, preguntó. Pues ahí va, le dijo la señora grulla. Así tal cual sucedió, no me invento ni una coma. Esto que cuento es verídico.

Se pasó por la tienda de la garduña Remegilda. Como es conocido, las garduñas no son muy amistosas, pero tenía unos produc-

tos de primera. Compró para hacer salsa brava y kétchup y mayonesa y ajoblanco para que acompañaran la patata al gusto. Adiós, señora Remegilda. ¡Que te den!, respondió Remegilda, que, como ya he dicho, no era muy amistosa, pero es que tenía unos productos de primerísima calidad.

Llegó el joven elfo a su casa en la cima de un gigantesco árbol, una secuoya según me contaron. No son de estos lares, así que no me lo creería mucho. Allí ya le esperaban todos sus hermanos y primos, padre, madre y abuelos, además del enano cocinero, el tejón y las cabras, ansiosos para ver lo que traía para la comida.

Había traído sangre de los dioses, un fruto rojo y peludo, que una vez pelado sabía a sangre de los dioses (pero sin el sabor a cobre de la sangre) y jugoso hasta lo inimaginable. También había traído lechuga de mar, una lechuga de un intenso color azul eléctrico, que nacía solo cerca de donde había ninfas del agua. También trajo huevos dulces, el fruto del huevecillo de ribera, un árbol de co

lor amarillo intenso que poblaba de forma natural las riberas de los ríos, de color verde claro su fruto, colgaban de las ramas del árbol casi hasta tocar el suelo con una cáscara dura similar a la de un huevo. Su sabor era dulce como la miel y muy codiciado entre los elfos. Y para mi preciosa hermanita, le dijo el joven elfo a la hermana menor, un corazón, dijo riendo mientras le entregaba la patata, que era la comida preferida de aquella preciosa niña elfa.

Ah, también trajo rábanos, que todos sabemos lo que son y están riquísimos.

La pequeña elfa peló la patata con esmero y destreza, la lavó cuidadosamente y la partió en finas rodajas, las frio y las acompañó de salsa de huevo dulce. Los demás se sir vieron un poco de patata corazón en un gran festín con aquellos deliciosos manjares. Rieron y disfrutaron inundados de un extraño éxtasis, un sentimiento en el corazón que nadie sabía explicar. Era la propia exaltación del amor, el cariño más puro, el lazo inquebrantable que nos une desde que nacemos,

con las personas y seres que amaremos el resto de nuestras vidas.

Pasado el tiempo, la niña se convirtió en una preciosa joven, la elfa más bella que nadie recordara y todos los jóvenes elfos de Tagartera y de más allá, hasta de donde casi ni se conoce nada, adoraban a la joven elfa y le declaraban su amor, pues no solo era bella, sino que tenía la gracia, el don que hacía que todo lo que hiciera la joven fuese, sin discusión, salvo para las envidiosas, un hecho extraordinario.

Pero ella no sentía eso por nadie y rechazaba a todos sus pretendientes, con gracia, eso sí, como si de un hecho extraordinario se tratara, lo acabo de decir. A tantos rechazó que se empezaba a creer que tenía una patata en lugar de un corazón, que no era capaz de sentir amor por nadie. Puede que eso fuera cierto, quién sabe, pero no existía ninguna prueba médica que lo confirmara o refutara y aquí estoy contando una historia real, no un cuento de duendes y hadas, por lo tanto, da-

remos por hecho que tenía un corazón por corazón y no una patata.

El día de su decimoquinto cumpleaños salió a dar un paseo por el bosque, recogería frutas silvestres para hacer una tarta y quizá flores para hacerse un collar. Lo de las flores no lo tenía claro.

Siguiendo el lecho del río estaban los mejores frutos, en las enmarañadas entrañas de las adelfas y aliagas, entre las zarzas y los álamos, por donde pasan únicamente las alimañas, allí era donde estaban los mejores frutos. Recogió una gran cesta, pero algo la sobresaltó. Una sombra le acechaba desde hacía un rato, un gran bulto negruzco que a veces era una piedra y a veces un tronco retorcido. Aceleró el paso y siguió río arriba donde se despejaba de maleza y por donde podría encontrar a alguien que le ayudara, si es que la sombra era algo y no algo más allá de un miedo en su mente, de los viejos cuentos de su abuela. De vez en cuando se paraba y algo más se paraba también, tiraba una pie dra hacia el sonido, pero nada ocurría salvo

los pájaros aleteando, las lombrices excavando, los topos, excavando también, y los cangrejos de río, que no sé muy bien a qué se dedican.

A lo lejos vio el viejo puente, decían que llevaba allí desde el principio de los tiempos o incluso antes, y sintió cierto alivio, allí tenía su hermano mayor un huerto con toda clase de hortalizas, verduras y frutos, sí, allí es donde había encontrado una vez una patata que era un corazón.

Aún asustada, corrió a cobijarse bajo el puente, desde allí clareaba el río y podía ver cualquier cosa que se le acercara por ambos lados, se sentó apoyada contra una gran roca que debía haber traído alguna riada y se armó con unas cuantas piedras más pequeñas por si algo le atacaba, un orco, un bandido o quizás un enano borracho.

Alrededor seguían escuchándose pisadas, ahora no eran una sombra, eran varias las que se acercaban y desaparecían por las cercanías del puente, pero no llegaban a dejarse ver. Gruñidos desesperados y ansiosos.

La preciosa elfa estaba petrificada tras la pie dra, mimetizada con su compañera. Empezó a oscurecer y a lo lejos se veían, de dos en dos, varios puntos rojos que directamente le miraban a ella, los puntos rojos crecían y se acercaban cuanto más oscura era la noche. Buscó con qué hacer fuego, pero no tenía nada. ¡Estúpida!, se dijo a sí misma, por no haber traído yesca o un cuchillo al menos con el que defenderse. La noche se cerró y los puntos rojos estaban ya en la misma boca del puente, ahora no solo se les escuchaba, se les olía y veía claramente, grandes como mo les y negros como la muerte, hacían deste- llear sus acerados colmillos con el brillo de la luna, eran tan grandes como hojas de cu- chillo y más afilados aún que estos. Ahora su aliento se hacía vaho y casi llegaba a golpear a la preciosa elfa. Por detrás algo arrancó a correr, se giró acelerada y tiró una piedra contra los dos puntos rojos que se acercaban como centellas sangrientas. Aquella bestia se detuvo, pero al girarse de nuevo ya tenía otra encima, se sintió muerta, aquella abyec- ta bestia la aprisionó contra la roca dejándola

sin respiración, con las dos patas delanteras la sujetaba contra la pared del túnel, intentó zafarse con todas sus fuerzas, pataleando y braceando, golpeando a la bestia que ni se in mutaba, le fue imposible, la bestia lanzó la cabeza con las feroces mandíbulas abiertas contra su cuello y la joven elfa solo pudo gri tar.

De repente, la bestia salió despedida hacia atrás con una fuerza salvaje, aulló de dolor cuando golpeó contra el otro lado del puente y quedó allí tumbada, muerta. Las demás miraron a la preciosa elfa y salieron despavoridas y aterradas en todas direcciones como alma que lleva el diablo.

La elfa se levantó, le faltaba la respiración, aturdida, dolorida y llorando de miedo, no, de pánico, empezó a marearse, no había oxígeno en todo el mundo para llenar sus pulmones y cayó desmayada al suelo.

A la mañana siguiente despertó junto a la piedra, con una manta de hojas de palma y en un lecho de paja. Con los ojos como platos se acurrucó presurosa contra la piedra y se que-

dó allí largo rato observando y escuchando. Escuchó una respiración cercana, quizá cerca del puente y el pánico volvió, olía raro, como a musgo y humedad, se incorporó poco a poco y se apoyó en la piedra para ver si podía ver más allá de la esquina de la pared del viejo puente cuando, resbalándose, cayó al otro lado de la piedra y esta se movió y dijo: pero ¿qué?, ¿qué pasa? ¡¡Ah, ya te has despertado!!

Ella gritó y a punto estuvo de desmayarse otra vez. Tranquila, dijo la roca, que ya no parecía una roca, sino un imponente trol acurrucado. No voy a hacerte daño, ¿recuerdas?, anoche te salvé, ¿lo recuerdas?, del ataque de esas alimañas. La preciosa joven se quedó pétrea… ¡¡¡Tú!!!…, dijo sorprendida, ¡te conozco!, ¡por fin te he encontrado! Su corazón, o quizá fuera una patata, reconoció al instante aquella virtuosa figura del pasado que ya la había salvado en dos ocasiones.

Desde aquello trabaron una amistad inquebrantable y no solo amistad, la patata de la

joven elfa latía con fuerza por aquel trol y el corazón del trol ya no era egoísta ni malicioso, sino generoso y entregado. Así pasaron miles de años bajo un puente, que tenía muchos más años que nadie, hasta que el ciclo de la vida los devolvió a la tierra y alguien volvió a arrancar una patata con forma de co razón.

¿Cómo cambió la vida tal y como la conocemos una patata frita?… no lo sé, quizá, siendo tú.